

LXIX

En el mar, al día siguiente, 1° de Abril. — Rumbo hacia Saint-Nazaire. — Á toda vela; brisa ruda del Noroeste; no se ven los fuegos de la playa. Entramos en el puerto al amanecer, rota la serviola, quebrado el mastelero.

El 2 es día de paga. Hombres ebrios caen por la noche en la cala y se rompen la crisma.

Nos conceden dos días de licencia cuando menos la esperábamos.

Ives y yo nos ponemos en camino para Tremeulé, en Toulven. *La Sèvre* es una buena embarcación, que no nos aleja nunca por mucho tiempo.

Á las diez de la noche, á la luz de la luna, llamamos á la puerta de los Keremenen y de María, que no nos esperan.

Se levanta á Periquillo á fin de que honre la visita, y se le coloca sobre nuestras rodillas. Muy sorprendido en su primer sueño, nos da los buenos días en voz baja y no vuelve á hacer caso de nosotros. Ciérranse sus ojos á pesar suyo, y su cabecita se cae á un lado y á otro.

Ives, muy inquieto al verle bajar la cabeza y

mirar hacia abajo, con los cabellos sobre los ojos, dice :

— Me parece que tiene un aire... un aire... tristón, taciturno.

Y me mira con ansiedad para adivinar lo que pienso, concibiendo temores de algo grave.

Nadie como mi pobre Ives para concebir esos temores ridículos. Hago saltar sobre mis rodillas á Periquillo, que entonces se despierta del todo, y principia á reir, abriendo mucho sus ojazos, que brillan á través de sus largas pertañas. Ives entonces se tranquiliza y reconoce que, en efecto, el aire de su hijo no es del todo triste, ni muy taciturno.

Cuando su madre le desnuda, parece una estatua griega del Amor.

LXX

Toulven, 30 de Abril.

Esto sucede en la choza de Keremenen, á la caída de la tarde, una tarde Abril.

Somos casi una tribu que volvemos de paseo : Ives, María, Ana, Coarentinita *Pen-melen* (cabeza

amarilla; Periquillo, *Bugel-du* (hombrecito negro) y yo.

En la cabaña hay encendidas cuatro teas (*Tres* serían *la boda del gato*, y es de *mal agüero*).

Encima de la antigua mesa de encina maciza, pulimentada por los años, se ha preparado papel, plumas y arena. Alrededor hay colocados bancos. Cosas muy solemnes van á ocurrir.

Depositamos nuestra colecta de hierba y de flores que llevan á la cabaña negra aromas de Abril, y en seguida tomamos asiento.

Aun entran dos ancianas, muy graves; saludan haciendo una reverencia, merced á la cual se levantan sus grandes golas, y toman asiento en la esquina del banco. Llega después Pedro Kerbras, el novio de Ana. En fin, todos estamos colocados; la cabaña está completamente llena.

Es la noche solemne consagrada á los arreglos de familia; noche en la cual los Keremenen, padres, van á realizar la promesa hecha á sus hijos. Ambos Keremenen se levantan para abrir un baúl antiguo, cuyas esculturas representan *Sagrados Corazones*, alternando con gallos de la Pasión; remueven papeles, agitan ropa y después, de lo más hondo del cofre, sacan un taleguillo lleno de algo que parece bastante pesado. En seguida van á su cama y mueven la paja

del jergón y sacan de debajo : ¡ un segundo taleguillo!

Los suegros vacían sobre la mesa, delante de su yerno, los dos sacos, y aparecen entonces todas aquellas monedas de oro y de plata, acuñadas con antiguos bustos que durante medio siglo han sido reunidas una á una y dormían. Se procede á contarlas por pequeñas cantidades : son los dos mil francos prometidos.

Llega el turno á la tía, que se levanta y viene á vaciar el tercer saco : mil francos más, en oro.

La vecina se levanta la última; lleva quinientos francos más metidos en el pie de una calceta. Todo esto es para prestarlo á Ives; todo se apila delante de él. Ives firma dos simples recibos en papel común, y los entrega á las prestamistas, que saludan para salir, y á quienes, como la costumbre dispone, se obliga á permanecer para que beban con nosotros una copa de sidra.

Se acabó. Todo se ha hecho sin notario, sin escritura, sin acta, sin discusión; con una confianza y una buena fe características en Toulven.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! á la puerta. Es el maestro de obras, que llega muy oportunamente. Con éste ya es preciso emplear papel sellado; es un pícaro de Quimper, entrado en años, que solamente masculla á medias el francés, pero que me

parece algo solapado, á pesar de sus modales de hombre de la ciudad.

Estoy encargado de hacerle comprender un plano de casa que Ives y yo hemos ideado en nuestras veladas á bordo; plano en el cual figura *mi cuarto*. Discuto la elaboración de las cosas más insignificantes y el precio de los materiales, dándome aires de muy entendido, con lo cual impongo al viejo; pero á Ives y á mí nos da risa cuando nuestras miradas se encuentran.

En un pliego de papel sellado de á doce sueldos escribo dos páginas de cláusulas y condiciones:

« Una casa, labrada de granito; cimentada con *arena de río*, blanqueada con cal, el maderamen de castaño; jardín delante, granero con ventana, balcones pintados de verde, etc., etc., todo terminado antes del día 1° de Mayo del año próximo venidero, y por el precio, fijado de antemano, de 2.950 francos. »

Tengo verdadero cansancio á consecuencia de este trabajo y de esta tensión del espíritu; estoy asombrado de mí mismo, y les veo á todos maravillados de mi provisión y de mi economía. ¡Parece increíble, inaudito, lo que esta buena gente me obliga á hacer!

En fin, el contrato se redacta y se firma. Se

bebe sidra, estrechándose todos las manos. Y cá-tate á Ives propietario en Toulven. María y él parecen muy contentos; no me arrepiento de mi trabajo.

Las dos ancianas se despiden definitivamente; los demás, Periquillo inclusive, que no ha querido acostarse, vienen; disfrutando la hermosura de la noche, para acompañarme, á la luz de la luna, hasta mi posada.

Toulven, 1° de Mayo de 1881.

Ives y yo estamos muy atareados desde la mañana midiendo con una cuerda el terreno que hay que comprar; el suegro de Ives nos ayuda en esa tarea.

Por el pronto ha sido preciso escoger, y esto nos llevó toda la mañana de ayer. Para Ives era esta cuestión muy seria; se trataba de determinar el emplazamiento de esta casita, donde entreveía, en el fondo de una extraña y melancólica lontananza, su retiro, su vejez, su muerte.

Después de muchas idas y venidas nos hemos decidido por este sitio. Se halla á la entrada de Toulven, en el camino que conduce á Rosporden, un paraje elevado delante de una plazuela de aldea que hoy está animada por un pueblo de al-

borotadoras gallinas y de muchachas coloradotas. De un lado se verá Toulven y su iglesia, y del otro el inmenso bosque.

Por el pronto, esto no es todavía más que un campo de avena muy verde. Lo hemos medido á conciencia en todas direcciones; según el precio que en este sitio alcanza el metro cuadrado, será necesario gastar 1.490 francos, y además los honorarios del escribano y gastos de escritura.

¡Qué juicioso y qué económico habrá de ser Ives en lo sucesivo para hacer ahorros con que pagar todo esto! Cuando piensa en esto, se pone serio.

LXXI

Á bordo de *La Sèvre*, Mayo de 1881.

Ives, que cumplirá muy pronto treinta años, me suplica que le lleve de tierra un cuaderno no empastado para comenzar á escribir en él sus impresiones, á mi manera; deplora al mismo tiempo no acordarse bien de fechas y de sucesos para *reconstruir* un diario retrospectivo de su vida.

Su inteligencia se abre á una infinidad de ideas nuevas; Ives se *modela* sobre mí, es incon-

testable, y se *complica* tal vez algo más de lo conveniente. Pero nuestra intimidad trae otro resultado que yo estaba muy lejos de esperar; es á saber que así como Ives se *complica*, yo me *simplifico* á su contacto; él cambia mucho, y yo cambio casi tanto como él.

Brest, Junio de 1881.

Son las seis de la tarde del día de San Juan; Ives y yo volvemos de la romería de Plougastel en la imperial de un ómnibus de campo.

Nuestra *Sèvre* había llegado en Mayo hasta Argel, y sentíamos mejor, por el contraste, el acento particular del país bretón.

Los caballos iban á escape, completamente engalanados con cintas y llevando en la cabeza banderas y ramas verdes. En el interior iban cantando, y arriba, cerca de nosotros, tres marineros ebrios bailaban, el gorro sobre la oreja, flores en los ojales, cintas en todas partes, pitos, y para burlarse de las gentes de vista débil llevaban lentes azules; eran tres jovencillos, de cabeza inteligente y de no mal aire, que corrían su *juerga* de marcha antes de embarcarse para China.

Tres paisanos se hubieran rotó el bautismo cien veces; ellos, que habían bebido con exceso,

se mantenían firmes, saltaban como cabras, y el ómnibus seguía á todo correr, de derecha á izquierda, en los carriles, guiado por su mayoral, también borracho.

En Plougastel habíamos encontrado el ruido de una feria de aldea : caballitos de madera, una enana, *una gigante*, la familia *Carnero*, que se deshuesa (hace ejercicios de dislocación), y juegos en las tabernas. En otro lado, sobre una plaza aislada, rodeada de chozas, instrumentos característicos de la comarca dejan oír un aire rápido y monótono, como el de las gaitas de otros países, aire que pertenece á tiempos ya lejanos; hombres y mujeres, que visten trajes también antiguos, bailan al son de esta música secular; cogidos unos á otros de las manos corren, y corren y corren como locos en larga fila, de la cual parece haberse apoderado el frenesí de la carrera. Esto... esto es la Bretaña antigua, dando todavía su nota salvaje á las puertas mismas de Brest, en medio de aquel ruido de feria.

Ives y yo pretendimos sosegar á los marineros borrachos y hacerles sentarse.

Después encontramos risible vernos convertidos en predicadores.

— En realidad, dije, otras cosas hemos hecho nosotros.

— Seguramente, dijo Ives muy convencido.

Nos limitamos, por consiguiente, á tender nuestros brazos entre los montantes de hierro para impedir, al menos, que los borrachos fuesen á tierra.

Los caminos y las veredas están completamente llenos de gentes que regresan de la romería y que se espantan viendo pasar este carruaje de locos y aquellos tres marineros que bailan encima del coche.

Los esplendores de Junio arrojan sobre todas estas montañas su encanto y su vida; la brisa es dulce y templada bajo el cielo gris; los henos altos, llenos de flores rojas; los árboles, de un verde esmeralda, llenos de brotes.

Los tres marineros continúan cantando y bailando, y á cada copla los del interior entonan un estribillo, que dice :

Se partió con viento largo,
bordeando tornarás.

Los cristales del coche vibraban este mismo canto; este aire, siempre el mismo, repetido durante dos horas, es un antiquísimo aire francés, tan viejo y aun joven, de una alegría tan fresca y de tan buena ley, que al cabo de un rato también nosotros cantábamos con ellos.

¡Qué hermosa es, y qué verde y cuán rejuvenecida parecía Bretaña al sol de Junio!

Nosotros, pobres gentes de mar, cuando hallamos la primavera en nuestro camino, gozamos mucho más que otros, en razón á las condiciones de nuestra existencia; *secuestrados* allí en aquellos conventos de planchas metálicas. Ocho años hacía que Ives no había visto su primavera bretona, y ambos habíamos padecido mucho tiempo por los rigores del invierno ó por los de ese estío interminable que resplandece allá, en el inmenso mar azulado, y nos dejábamos embriagar por las vistas del heno verde, por los aromas suaves de las flores, por todos estos encantos de Junio que el lenguaje humano es impotente para pintar.

Aún hay días hermosos en la vida; horas felices de juventud. ¡Al infierno todas las meditaciones melancólicas, todos los sueños tristes de los poetas! Sienta muy bien correr, el pecho contra el viento, en compañía de los más alegres hijos del pueblo. La salud, la juventud; esto es lo único que hay de verdadero en la tierra, con la alegría sencilla y brutal y las canciones de los marineros.

Caminábamos siempre con celeridad, serpenteando sobre el camino en medio de aquellas

gentes, entre las gigantescas acacias que forman dos hileras verdes y bajo la espesa bóveda de árboles.

Pronto apareció Brest, con su aspecto solemne, sus grandes fortificaciones de granito, sus murallones grises en que brotaban musgos y parietarias. Aquella ciudad triste parecía embriagada al gozar casualmente un verdadero día de verano, una tarde pura y templada; estaba llena de ruidos, de movimiento y de gente: mujeres de cofias blancas y marineros que cantaban alegremente.

LXXII

5 de Julio de 1881.

En el mar. — Regresamos de *La Mancha*. *La Sèvre* camina suavemente entre una bruma espesa, lanzando de minuto en minuto agudos silbidos que resuenan como gritos de desesperación sobre aquel húmedo sudario que nos rodea. Las soledades oscuras se hallan alrededor nuestro; las adivinamos sin verlas. Parece como si arrastrásemos con nosotros larguísimos velos de tinieblas; celebraríamos romperlos; nos sentimos como oprimidos de ir, durante tantas ho-

ras, encerrados debajo de aquel velo que se nos antoja inmenso, infinito. Creemos entonces que podríamos andar leguas y leguas en la misma oscuridad, en la misma atmósfera de agua. La ola pasa lenta, blanda, regular, paciente, desesperante. Es como una espalda gigantesca, lisa y reluciente, que al elevar los hombros nos levanta y después nos dejara caer de repente.

De pronto, en la tarde, aparece un rayo de luz y muy cerca de nosotros se levanta una cosa inesperada, sorprendente, como un fantasma enorme que surgiese del mar.

— *Ar men Du!* (las Piedras Negras), grita el piloto.

Al mismo tiempo el velo oscuro que nos rodeaba se desgarró por todas partes. Aparece á nuestra vista Ouessant; sus rocas sombrías, sus escollos se dibujan en cuadros oscuros, azotados por grandes surtidores de blancas espumas, bajo un cielo que pesa como un globo plomizo.

Apenas queda el tiempo necesario para variar el rumbo; pronto, mientras la luz dura, *La Sèvre* dirige la proa hacia Brest; ya no lanza silbidos; se apresura con esperanza de llegar. Pero lentamente los velos caen de nuevo y se cierran como antes: la noche llega, ya no se ve, es necesario mantenerse á la capa.

Así pasan tres días, sin ver absolutamente nada: los ojos están fatigados de velar.

Esta es mi última travesía en *La Sèvre*, que debo abandonar así que regresemos á Brest. Ives, con sus ideas supersticiosas de bretón, halla algo de extraño en esta bruma que persiste en pleno verano, como para retrasar mi partida.

Esto le parece una advertencia y un mal agüero.

LXXIII

Brest, 9 de Julio de 1881.

Acabamos de llegar en este momento; este es mi último día de guardia á bordo: mañana desembarco.

Estamos en este fondo del puerto de Brest, donde *La Sèvre* viene de cuando en cuando á inmovilizarse entre dos murallas. Elevadas construcciones tristes nos abruma; en rededor nuestro cientos de rocas primitivas sirven de fortificaciones, de caminos de ronda y forman un pesado andamio de granito que mana por todas partes, y al mismo tiempo, humedad y tristeza. Me sé de memoria todo esto.

Como estamos en Julio, se ven musgos, parie-

tarias y otras plantas brotando de las paredes; es el único indicio del verano en esta ciudad sin sol.

Experimento, á pesar de todo, una especie de regocijo por mi partida... Esta Bretaña me produce siempre una opresión melancólica, y cuando sueño en lo nuevo, en lo desconocido que me espera, paréceme que voy á despertarme y á salir de una noche... ¿Adónde me enviarán? ¿Quién lo sabe! ¿Cómo se nombrará el rincón de la tierra donde habré de aclimatarme mañana? Indudablemente algún país con sol, donde me convertiré en otro *yo*, con sentidos distintos y donde ¡ay! acaso olvidaré las cosas que en otras partes he amado.

La idea de separarme de mi pobre Ives y de Periquillo me causa pena.

¡Pobre Ives! Él, que tantas veces se ha hecho tratar como niño mal criado y antojadizo, me rodea ahora de cuidados, casi pueriles, y no sabe qué hacer para demostrarme su cariño. Esto tiene en Ives tanto más valor, cuanto menos está en su manera de ser ordinaria.

El tiempo que hemos pasado juntos, en una intimidad fraternal de todos los días, de todas las horas, no ha estado exento de borrascas. Ives, desgraciadamente, sigue mereciendo un

poco las notas de indómito y de indisciplinado; algo hemos ganado, sin embargo, y si hubiese yo podido conservarlo á mi lado, creo que hubiera conseguido salvarlo.

Después de la comida subimos al puente para dar nuestro acostumbrado paseo vespertino.

Le digo por última vez :

— Ives, hazme un cigarrillo.

Y comenzamos nuestros cien pasos regulares sobre las planchas de *La Sèvre*. En ellas ambos sabemos de memoria los agujerillos donde se estanca el agua, todos los clavos donde se enganchan los pies, todas las anillas donde se tropieza.

El cielo está nublado sobre nuestro último paseo; la luna brumosa, el aire húmedo. En las lejanías, hacia el lado de Recouvrance, siempre los eternos cantos de los marineros.

Hablamos de mil cosas. Doy á Ives muchos consejos; él, muy sumiso, responde ofreciendo mucho; ya es muy tarde cuando me deja para ir á dormir en su hamaca.

Á las doce del día siguiente : mis maletas medio cerradas y mis visitas sin hacer, me encuentro en la estación con Ives y con los amigos que me acompañan. Estrecho á todos las manos, creo que hasta les beso, y parto.

Al anoecer llego á Toulven, donde he que-

rido detenerme dos horas para despedirme de la familia de Ives.

¡Qué verde y qué florido es Toulven, esta comarca fresca y umbría, la más hermosa de Bretaña!

Allí se me aguardaba para cortar los cabellos á Periquillo. La idea de que me pudiera ser encomendada esa tarea no me había pasado por la imaginación. Dijéronme que nadie más que yo podía conseguir que se estuviera quieto. La semana anterior habían llamado al barbero de Toulven; pero Periquillo había dado tales gritos y había hecho tantas diabluras, que había sido necesario renunciar á la operación. Procuré, pues, por darles gusto, pelar á mi ahijado, y lo hice sin poder contener mi risa.

Cuando hube terminado, se me antojó guardar uno de aquellos mechoncillos oscuros que yo acababa de cortar, y me lo llevé, asombrándome yo mismo de conceder á esta niñería tanta importancia.

LXXIV

CARTA DE IVES

Á bordo de *La Sèvre*, Lisboa, 1º de Agosto de 1881.

« Querido hermano: Contesto en el día mismo en que recibo la carta de usted. Escribo á la carrera, y eso que aprovecho la hora del desayuno y estoy en el astillero del palo mayor.

» Ayer por la tarde hemos entrado en este puerto. Hermano mío, esta vez hemos corrido un mal temporal; hemos perdido los foques y el mástil de popa. Hago á usted sabedor de que en los grandes movimientos del barco mi saco y mi armario se han ido á paseo, así como todos mis efectos; unos cien francos he perdido en todo esto.

» Me pregunta usted qué hice del día el domingo de hace dos semanas. Pues, hermano mío, me quedé á bordo y acabé de leer *El capitán Fracassa*. Desde la marcha de usted no he bajado á tierra sino el domingo último, y podía bajar tranquilo, porque antes había enviado á casa todo mi dinero del mes; había cobrado

sesenta y nueve francos y envié á mi mujer sesenta y cinco.

» He tenido noticias de Toulven; todos están bien. Periquillo está ya muy desentumecido y sabe correr. Es un poco travieso, y en casa todo lo tira patas arriba. La obra de nuestra casa tiene ya más de dos metros de altura. Mucho me alegraré cuando esté concluída y si le veo á usted instalado en su cuartito.

» Querido hermano : usted me encarga que piense en usted; juro que no se pasa una hora sin que le recuerde alguna vez, y aun muchas veces en una hora.

» No puedo decir á usted con seguridad el día de nuestra marcha; pero suplico á usted que me escriba á Orán. Se dice que allí nos pagarán para que podamos ir á tierra á comprar tabaco.

» Concluyo, querido hermano, enviando á usted, con todo mi corazón, un abrazo. Su hermano cariñoso que le quiere siempre.

IVES KERMADEC.

» P. D. — Si tengo bastante dinero en Orán, haré gran provisión de tabaco; sobre todo para usted, de aquel que se parece al tabaco de los turcos y que usted fuma de tan buena gana.

» El mayordomo me ha entregado para usted

una servilleta; la última que usted usó en la mesa. La he lavado, y al lavarla la he roto un poco.

» El cuaderno que usted me dió para escribir mis historias, quedó destrozado en la borrasca. Querido hermano, le abraza á usted otra vez con todo el corazón,

IVES KERMADEC.

» Á bordo todo sigue lo mismo, y el comandante no ha perdido la costumbre de gritar por la limpieza del puente. Hubo una gran disputa entre él y el segundo jefe, pero ya se han arreglado.

» Quiero decir á usted que dentro de siete ú ocho meses creo que tendré otro chiquillo. No crea usted que esto me alegra mucho, porque vamos un poco de prisa. — Su hermano, *Ives*. »

LXXV

Las cartas de Ives vienen al Oriente á buscarme; esas cartas, en su sencillez, me traen hasta aquí perfumes, ya lejanos, de las comarcas bretonas.

Mucho se alejan mis recuerdos de Bretaña. Ya

los veo pasar como á través de las neblinas del sueño; sueños me parecen los escollos conocidos de allá abajo, los fuegos de la costa, el cabo de Finisterre con sus inmensas rocas sombrías, las cercanías peligrosas de Ouessant en las tardes de invierno y el viento que corría bajo el cielo triste á la entrada de las noches de Diciembre. Desde aquí todo eso me parece la visión de un país negro.

¡La pobre chocita de Toulven! ¡Qué humilde era! Hallábase perdida al borde de un camino bretón. Pero aquella era la comarca de los inmensos bosques de hayas, de las rocas oscuras, de los líquenes y los musgos; de las antiguas capillas de granito. Aquí, arena y minaretes blancos, bajo una bóveda muy azul, y después el sol, el hechicero eterno.

LXXVI

CARTA DE IVES

Brest, 10 de Septiembre de 1881.

« Querido hermano: Participo á usted que han desarmado *La Sèvre*; la hemos enviado ayer á la dirección, y para decir la verdad, no lo siento.

» Me propongo permanecer algún tiempo en tierra, en el cuartel; también (como nuestra casita no está aún muy adelantada, ya lo comprende usted) mi mujer ha venido á establecerse conmigo en Brest, hasta que la *finca* esté acabada. Me parece, querido hermano, que usted creerá que hemos hecho bien. Esta vez hemos alquilado un cuarto casi en el campo, en Recouvrance, al lado de Pontaniou.

» Querido hermano: yo diría á usted que Periquillo ha estado muy enfermo de un cólico por haber comido muchas *moras* del bosque en la tarde del último domingo que estuvimos en Toulven; pero ya pasó. Se está haciendo muy mono, y me paso los horas muertas jugando con él. Por las tardes salimos á pasearnos los tres; nunca salimos sino juntos, y después, cuando entra uno, los otros dos también entran.

» Querido hermano: si pudiera usted volver á Brest, no nos faltaría ya nada. Usted me vería como soy ahora, y creo que quedaría usted contento, porque nunca he estado tan tranquilo.

» Celebraría yo embarcarme con usted otra vez, hermano mío, ó caer en un buque que fuese allá abajo, del lado de Levante, para ir á encontrarme con usted. Sin embargo, aseguro á usted que deseo seguir en la vida que llevo ahora;

pero esto no será posible, porque soy demasiado dichoso.

» Terminó enviando á usted un abrazo con todo mi corazón. Periquillo envía á usted sus respetos. Mi mujer y todos mis parientes de Toulven me encargan dé á usted expresiones. Tienen todos muchos deseos de ver á usted ; y aseguro que yo también. Su hermano,

IVES KERMADEC. »

LXXVII

Toulven, Octubre 1881.

¡ Otra vez la pálida Bretaña al sol de Otoño !
 ¡ Otra vez los antiguos senderos bretones y las hayas y las malezas ! Creía yo haberme despedido de este país por mucho tiempo, y vuelvo á encontrarle con extraña melancolía. Mi regreso ha sido brusco, inesperado, como lo son siempre los regresos y las partidas de los marinos.

Hermoso día de Octubre, sol templado, vaporcillos ligeros y blancos esparcidos como un velo por toda la campiña. Advértese por todas partes la majestuosa tranquilidad que caracteriza los últimos días buenos ; ya se aspiran olores de hu-

medad y de ojas caídas, y perfumes de otoño saturando la atmósfera. Estoy en los bosques conocidos de Tremeulé, en la altura desde la cual se domina toda la comarca de Toulven. Á mis pies el estanque, inmóvil bajo los vapores que descenden ; á lo lejos horizontes de arboledas espesas como debieron serlo en los antiguos tiempos de las Galias.

Los que están allá, cerca de mí, sentados entre las mil florecillas de las malezas, son mis amigos de Bretaña ; mi hermano Ives y Periquillo, su hijo.

Algo tiene de mío ahora este país de Toulven.

Hace muy pocos años esta tierra era completamente extraña para mí ; el mismo Ives, á quien ya daba yo el nombre de hermano, significaba muy poco en mi vida. Los aspectos de la existencia varían ; todo llega, y se transforma, y pasa.

¡ Hay tantos brezos que desde lejos parecen una alfombra rojiza ! Aún tienen flores las tardías escabiosas en lo más alto de sus tallos largos ; y los primeros turbiones que han sobrevenido han dejado el suelo cubierto de hojas muertas.

Era cierto lo que Ives me había escrito : se había hecho muy juicioso. Había sido colocado en un buque de estación en Brest, y esta circunstancia parecía asegurarle una permanencia de

dos años en su país. María se había instalado con él en el barrio de Recouvrance, esperando su casita de Toulven, que iban levantando con mucha lentitud, con paredes espesas y sólidas, á la antigua usanza.

La mujer de Ives había acogido como una bendición de Dios mi regreso inesperado, porque mi presencia en Brest, cerca de ellos, la tranquilizaba mucho.

¡ Ives se había hecho muy juicioso; así, sencillamente, de pronto, sin que se supiese qué circunstancias decisivas habían operado aquel cambio; costaba mucho trabajo creerlo! María me hablaba de esa felicidad presente con miedo; aludía á ella como á esas cosas mudables, fugitivas, que teme uno desvanecer con sólo nombrarlas.

LXXVIII

Un día, el demonio del alcohol tornó á pasar por su calle. Ives volvió á su casa con aquella mirada mala é insegura que tanto asustaba á María.

Era un domingo de Octubre. Llegaba de á bordo donde, según decía, había sido castigado injustamente; Ives se había fugado de su pri-

sión. Parecía furioso; el cuello azul completamente desgarrado, la camisa del todo abierta.

María intentó hablarle con dulzura, quiso calmarle. Era precisamente un día hermoso. Hacía un tiempo de fin de otoño, que tiene cierta melancolía apacible, parecida al último descanso antes del invierno. Habíase engalanado María con su falda hermosa y su gola bordada; había puesto á Periquillo los trapitos de cristianar, esperando que saldrían los tres á tomar aquel sol hermoso y templado. Por la calle pasaban numerosas parejas con sus trajes del domingo, que se dirigían á los caminos ó á los buques, lo mismo que en primavera.

Pero no, nada importaba todo eso; Ives había ya pronunciado las horribles palabras de sus momentos de bestia: « Me voy á buscar á mis amigos. » Se había concluído.

Entonces, conociendo que su cabeza se desvanecía por el dolor, la pobre María quiso intentar un recurso supremo; mientras Ives miraba á la calle, había cerrado la puerta, dando dos vueltas á la llave, que guardó en el justillo. Pero Ives, que comprendió lo que María acababa de hacer, comenzó á decirle, baja la cabeza y sombríos los ojos: « Abre, abre... ¿ No me oyes? Te digo que abras. »